

sus claustros? De tan hermosa institución, quédanos todavía una huella venerable, en las órdenes militares, con que se ennoblece la Europa cristiana.

Todo lo dicho demuestra por qué el mismo resorte que mueve el patriotismo, hace estallar el sentimiento religioso; y por qué, del fondo de todos los corazones y de las entrañas mismas de un pueblo, excitado por la guerra, parte el clamor que pide la victoria á aquella Providencia libérrima, que rige á las naciones con sapientísimos designios.

Ya comprenderéis, señores, la secreta y profundísima causa, que convirtió en un inmenso Santuario y en un vasto Cuartel la Capital de la República.

¡Qué aspecto tan grandioso el que presentaba Lima, en los días que precedieron á las jornadas de Enero! Interrumpida la industria, paralizado el comercio, en suspenso todas las funciones administrativas, la ciudad fué un gran campamento militar en que resonaba, por doquiera, el clarín guerrero, mientras que se elevaba en los templos el incienso de la oración hasta el Trono del Altísimo.

¿Cómo no admirar, señores, el febril entusiasmo, que agitaba todos los pechos, avivado más y más por la llama de un puro patriotismo?

¿Cómo no venerar la unción sublime y la caridad ardiente con que las señoras de Lima elevaron al Cielo sus manos suplicantes y cooperaron, en tan grande escala, á la asistencia y al consuelo de nuestros heridos?

¿Cómo olvidar el celo ardiente de nuestros Obispos y el celo activo de los sacerdotes, que inflamaron el patriotismo de nuestros soldados y purificaron sus almas, para que ganaran, á la vez, la doble palma de la gloria humana y de la gloria del Cielo?

¿Cómo no renovar, hoy, el testimonio de nuestra gratitud á las colonias extranjeras, por toda la parte que tomaron en la organización de las Ambulancias ci-

viles, y por todas las simpatías con que rodearon nuestra causa?

En una palabra, señores: uno sólo era el pensamiento general y en un sólo sentimiento se confundían todos los espíritus: el de la guerra; el de las próximas batallas, que iban á decidir de la suerte del Perú.

“El corazón me dice; exclamaba, el uno, que se perderá la batalla, porque ha palidecido la estrella del Perú; pero, no importa! pelearé y moriré por la causa de mi Patria.....” “Tengo una esposa amada y tiernos hijos, agregaba otro, y el presentimiento de mi muerte; mas, no vacilo, porque la voz del Honor me llama con imperio...” “Prefiero morir, decía un tercero; si la Providencia nos niega la victoria, ¿cómo podría sobrevivir, viendo hollada mi hermosa Lima, por la planta del invasor?.....” (1)

A impulso de estos nobles y levantados sentimientos, pelearon los ejércitos de línea y de reserva, en los inolvidables días 13 y 15 de Enero de 1881; pelearon con esfuerzo, con valor, con heroísmo..... lo demás... ..ya lo sabéis todo, señores: escrito está en las huellas, que ha dejado en vuestros semblantes la mano del Dolor, y en la profunda herida abierta en vuestras almas, por la humillación de la República. Sí, señores, habéis asistido á la humillación de vuestra Patria; habéis visto pasearse, triunfalmente, el pabellón enemigo de río á río, en todo el territorio del Perú; habéis contemplado iluminadas por el incendio las ruinas de ciudades y pueblos, antes florecientes; habéis oído los desgarradores lamentos de poblaciones indefensas, que han sido devoradas por el monstruo feroz y sanguinario de la guerra, como la innoble fiera á su presa..... pero,

(1) Confiencias recibidas por el autor, en el ejercicio de su ministerio.

consolaos, señores! volved vuestras miradas á Miraflores y á Chorrillos.....En Miraflores!.....allí pelearon como leones y rechazaron al enemigo, una y otra vez, y cayeron juntos, sin rendir el alma, el joven y el anciano, el acaudalado y el proletario, el industrial y el comerciante, el magistrado y el simple ciudadano, unidos todos por la noble fraternidad del patriotismo y envueltos en el ensangrentado pabellón bicolor. Y en Chorrillos, señores..... Allí fué disputada palmo á palmo, en larga y recia batalla, la improvisada fortaleza del Morro Solar, tomada á viva fuerza, pero, nó rendida.

No quiero citar nombres, señores, porque los muertos no lo tienen ya, y la Sabiduría prohíbe alabar á los vivos; pero, sí, debo deciros á todos, señalándoos el sendero de honor y de gloria que nos han dejado nuestros héroes: ADMIRADLOS!

II

La inmortalidad del alma rodea, señores, á la tumba de una aureola luminosa, que impone el respeto.

La Humanidad sabe y siente que la divina arquitectura de nuestro cuerpo será restaurada y gloriosamente embellecida; que las piedras dispersas de este Santuario del divino Espíritu (1) serán reunidas otra vez, para reedificar el palacio de nuestra alma, que el cuerpo humano, sembrado en la debilidad, la corrupción y la ignominia, surgirá de la tierra, como un árbol frondoso, lleno de vigor, de gloria y de inmortalidad; *surget in virtute, in gloria, in incorruptione.* (2)

(1) Trenos de Jeremías, Cap. IV, v. 1.

(2) Epístola I de San Pablo á los Corintios, Cap. XV, vs. 42 y 43.

Sí, señores: Dios resucitará esta carne, "que es la obra de sus manos, el monumento de su Sabiduría, la envoltura de su soplo divino, la reina del universo material, la heredera de sus riquezas, el soldado y testigo de la fe y la hermana del Verbo Encarnado". (1)

De aquí nace, señores, que la profanación de los sepuleros sea mirada con horror y que este delito sea tan raro en los anales del crimen.

Contra el alcázar de los reyes, los palacios de los ricos y el templo mismo de la Divinidad, suelen alzarse en horrible tormenta, las pasiones humanas, movidas por Satán; pero sus olas tumultuosas se sosiegan y enmudecen, ante la frágil cruz que decora los sepuleros. Los ángeles custodios de las tumbas las detienen, señores, en ese grano de arena.....

Así se explica y comprende el honor de que se ha rodeado siempre los restos de los muertos, y la especie de culto que se les ha tributado, en todas las regiones, en todos los pueblos y en todos los lugares de la tierra.

La Iglesia ha dado ejemplo de este culto á los sepuleros y á las reliquias de sus grandes hombres, de los santos, señores, que *brillan como el sol en la presencia de Dios*, (2) y de los cuales *no es digno este mundo* (3) descaminado y pervertido. Las piedras preciosas y las perlas del mar, el oro y la plata, los broncees y los mármoles, son los elementos de que se ha valido la piedad y el ingenio de los artistas cristianos, para construir suntuosos relicarios, en que depositar con honor las cenizas de los santos. La Iglesia ha hecho más, señores: ha tomado un poco de polvo santificado por el martirio y lo ha escondido, como en un glorioso sepulcro, en la piedra del sacrificio, para que se junten.

(1) Tertuliano, Lib. *De resurrección carnis* Cap. IX.

(2) Evangelio de S. Mateo, Cap. XIII, v. 42.

(3) Epístola de San Pablo á los Hebreos, Cap. XI, v. 38.

y se derramen, místicamente, sobre el Ara santa, la sangre de Jesús y la sangre de sus mártires: *sanguis attigit sanguinem.* (1)

Vosotros comprendéis, señores, la profunda filosofía de este dogma católico, que no es sino la afirmación en el orden de la gracia, del sentimiento íntimo y universal del género humano, que lo ha impulsado siempre á honrar y embellecer la tumba de sus héroes.

La venerable antigüedad se levanta toda entera, para proclamar, con la espléndida magnificencia de sus sepulcros, el culto que se debe á los muertos. Las pirámides de Egipto y el mausoleo de Adriano, las necrópolis y las catacumbas están allí para demostrarlo.

¿Cuáles no han de ser, entonces, el honor y la veneración con que la Patria agradecida debe rodear el sepulcro de sus mártires?

La Sociedad de Beneficencia pública de Lima ha pagado esta sagrada deuda, erigiendo un monumento fúnebre, que inmortalice la memoria de las víctimas, y en el cual se junten sus sagradas cenizas. Así, señores, se cimentará, en la paz de los sepulcros, la santa fraternidad sellada en las batallas, (2) y podréis llevar á vuestros hijos para que lean, uno al lado del otro, los nombres de los héroes.

Este honor y muchos más se les debe tributar, porque no hay homenaje que iguale á su virtud.

¡Oh Patria querida! En la hora suprema de tu dolor y de tu esperanza; cuando un enemigo victorioso, ufano con sus triunfos, se apercibía ya para hundir en tu corazón su vencedora espada, dirigiste á tus hijos la mirada suplicante y los tiernísimos acentos con que la madre de los Macabeos los invitó al martirio: *Peto*

(1) Profecía de Oseas Cap. IV, v. 2.

(2) Responsorio 8.º del oficio de muchos mártires.

nate. (1) A ti clamo, oh juventud de Lima, mi honor, mi gloria y mi corona! Levanta tus ojos y vé: (2) tras de esos montes, en cuyas faldas vela en zozobra la hermosa ciudad de tus placeres, allí se encuentran los enemigos de mi nombre y de mi gloria..... Muy cerca están: pueden oír la voz de tus campanas y hasta ti puede llegar el eco de sus clarines. Vé, pues, sin tardanza, al campo del honor; déjalo todo por servirme: eres el hijo mimado de una anciana venerable, el báculo de su vejez y la gloria de su fecundidad; eres el consuelo y la delicia de una tierna esposa, tesoro de encantos para tu corazón; una corona de ángeles, que te llaman padre, circunda tu alegre mesa y te colma de caricias; no importa! Mi amor domina todos los amores. Vé, pues, á la muerte, *suscipe mortem*, para sellar, con tu sangre, el último y generoso esfuerzo que debo hacer para salvarme.

Y diciendo adiós! al brillo de las riquezas, á la seducción de los honores, al halago de los placeres, al encanto del hogar, fueron, señores, los ciudadanos de Lima á pelear como valientes, y á morir como buenos, en las crüentas batallas del 13 y 15 de Enero de 1881.

En un inmenso lago de sangre, siniestramente iluminado por los resplandores del incendio, quedó flotando, señores, el Pabellón de la República; de allí lo recogió el vencedor, para que flamease el suyo en el Palacio de Pizarro: *effuderunt sanguinem, tanquam aquam in circuitu Jerusalem* (3) .. los corceles enemigos trotaron impetuosos sobre una montaña de calcinados escombros y mutilados cadáveres. *Et non erat qui sepeliret;* y no hubo quien sepultara á las muertos; sus cuerpos, como los cuerpos de los santos, fueron co-

(1) Libro II de los Macabeos, Cap. LX, v. 4.

(2) Profecía de Isaías Cap. LX, x 4.

(3) Salmo LXXVIII, vs, 2 y 3.

diciado pasto de las aves del cielo: *Posuerunt morticina servorum escas volatilibus coeli*; hasta que la tierna piedad de las esposas y de las madres, de los hijos y de los hermanos fue allí á remover ruínas y á separar muertos, para buscar, como el avaro busca su tesoro, los queridos restos del esposo y del hijo, del padre y del hermano, y traerlos, por entre las tristes y solitarias calles de la ciudad, hasta el lugar de su descanso.....

Basta, señores.

No puedo sondear, por más tiempo, las profundas heridas de vuestro corazón y del mío; sólo me queda aliento para deciros, mostrandoos el sarcófago, que cubresas sagradas cenizas: VENERADLAS!

¡Dios del Perú! De todos los ángulos de la República se ha elevado hasta tu excelso Trono el mismo angustioso clamor, con que tu pueblo te pedía que defendieras y protegieras la sangre de tus santos: *Quare non defendis sanguinem nostrum?* Y han recibido la misma respuesta: *El accéperunt divinum responsum*; esperad un poco de tiempo más: *sustinete modicum tempus, donec impleatur numerus fratrum vestrorum* (1), hasta que se complete el número de vuestros hermanos.

Ya está lleno, Señor, ese número misterioso, que sólo Tú conoces; la sangre de la expiación desborda ya en el cáliz de tu ira; (2) y esa sangre no pide venganza, sino misericordia y perdón para el Perú. Yo soy su personero, Señor, en este momento solemnísimos; permíteme, pues, subir, como Moisés, á la montaña santa, pa-

(1) Responso 2.º del oficio de los Santos Inocentes.
(2) Salmo LXXIV.

ra decirte, en nombre de mi Patria: ¡Oh Dios justo y amoroso Padre! que no castigas sino para tener misericordia, (1) salva á tu pueblo, y bendice á esta porción querida de tu herencia. (2) Oye la voz de esta ciudad atribulada: *Vox in Rama audita est*; no tienen ya medida su llanto y sus gemidos: *Ploratus et ululatus multos*; sólo Tú, Dios de bondad, puedes consolar á esta infortunada Raquel, que no quiere consuelo, porque busca á sus hijos y no los encuentra: *Raquel plorans filios suos et nolui consolari quia non sunt*. (3)

¡Ángeles tutelares de la República! y vosotros, Santos Protectores del Perú! Rosa virginal, con que embelleció Lima los jardines del Esposo; ilustre Pastor de este rebaño escogido; celoso y santo Misionero, que sembraste en esta tierra la divina palabra: descendes del Cielo para recoger, en vasos de oro, las plegarias y las lágrimas de este pueblo agradecido, en favor de sus hermanos; y subides de nuevo al Empíreo, en alas de los vientos, á presentar á la Misericordia divina la suprema oración de la esperanza cristiana: *A porta inferi: libera. Domine animas eorum. Requiescant in pace Amén* (30).

(1) Salmo LIX, v. 3.

(2) Salmo XXVII, 9.

(3) Evangelio de San Mateo, Cap. II, v. 10.

(4) Proceso del oficio de Difuntos.